Diciembre 2016
Nº 8

FONS VITAE

Hermandad de Hijos
de Nuestra Señora del
Sagrado Corazón

www.hhnssc.org

Índice

1.	Editorial	3
2.	Entrevista	5
3.	Que los niños crezcan con su fe	13
4.	El techo se derrumbó	14
5.	Chilenos peregrinos por Europa	17
6.	¡El señor ha estado grande conmigo!	19
7.	Volvíamos a casa, encontramos la misión	22
8.	Instantes (y reflexiones) de la JMJ	24
9.	Un sello en el corazón	29
10.	Noche de paz en Greccio	31
11.	Palabras del Papa	34

¿Cómo ayudar?

Con vuestra oración por nosotros:
os invitamos a rezar a Nuestra Señora del Sagrado Corazón la oración "Acuérdate" pidiendo por la Hermandad

Con vuestra ayuda económica:

- Con un donativo puntual
- Becando un seminarista (beca mensual: 375€)
- Con una cuota periódica

**Podéis hacer un ingreso en la cuenta de La Caixa 2100-1224-86-0200234363 / IBAN: ES42 2100 1224 8602 0023 4363 (Titular: Hermandad de Hijos de Nuestra Señora del Sagrado Corazón).*

***Los donativos hechos a la Hermandad pueden desgravarse en la declaración de la renta.*

Podemos remitiros un justificante.

Editorial

Empieza a ser una noticia habitual el robo en las iglesias y la profanación del Santísimo Sacramento. Cada vez que sucede, el corazón de pastores y fieles queda sacudido por el dolor ante la ofensa a lo más sagrado que custodia la Iglesia en la tierra: el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, realmente presente en las especies del pan y vino consagradas.

Hace unos días, con motivo del robo las Sagradas Formas del sagrario de la capilla del cementerio de la ciudad de San Sebastián (España), el obispo de esta diócesis, D. José Ignacio Munilla, escribía una nota sentida en la que invitaba a sacar provecho espiritual y apostólico de este agravio a Jesús Eucaristía.

El obispo invitaba a reflexionar sobre lo que supone que el Señor se haya quedado presente entre nosotros bajo las especies eucarísticas. "¿Dios en nuestras manos? ¡Qué peligro!", señalaba en su nota, convencido de que "desde el punto de vista de la prudencia humana cualquiera hubiese 'aconsejado' a Dios que no arriesgase tanto". Y se preguntaba si "acaso no lo tienen demasiado fácil los miembros de las sectas satánicas y cuantos odian el santo nombre de Dios" o si "no era previsible" que aquellos que se acercan a comulgar pudieran hacerlo sin la debida "conciencia y disposición e incluso con el riesgo de comulgar de forma sacrílega".

Recalcando que, pesar a todo, "él no dudo" y considerando que, si mantiene hoy su voluntad de permanecer "entre nosotros" pese a "todos los riesgos y peligros", es una "señal inequívoca de que los bienes que se desprenden de su presencia son infinitamente más grandes que los males que pueden derivar".

Acababa su escrito llegando a la conclusión que se debía extraer; hay que "aprovechar" lo ocurrido para renovar la "devoción eucarística". "Detrás de este suceso se esconde una llamada a la conversión dirigida a cada uno de nosotros. Hagamos de este agravio una oportunidad de desagravio", concluía D. José Ignacio.

La Navidad no es sólo un recuerdo sino una presencia; presencia del Dios con nosotros, cuyo Corazón sigue latiendo en cada sagrario.

Bonita y profunda reflexión que nos lleva a considerar con motivo de la fiesta de la Navidad el misterio de un Dios que nos sale al encuentro mendigando nuestro amor para así salvarnos y que se expone hoy en su presencia Eucarística a que le amemos o a que le despreciemos, como entonces lo hizo en su cuerpecito de infante en la noche de su Nacimiento.

Belén significa "casa del pan". Este significado nos ayuda a considerar que la Navidad no es sólo un recuerdo sino una presencia. Presencia del Dios con nosotros, cuyo Corazón sigue latiendo en cada sagrario, invitándonos a entrar como lo hicieron en la cueva de Belén, María y José y aquellos humildes pastores. Como ellos, entreguémosle al "Dios escondido" en la Eucaristía lo mejor de nosotros mismos en amor y reparación por las veces en las que por nuestra negligencia o ingratitud hemos dejado que se repita la historia de la primera Navidad: vino a los suyos y los suyos no lo recibieron (Jn 1,11).

José María Alsina, hnssc

Entrevista a D. José Ignacio Munilla, Obispo de San Sebastián

D. José Ignacio, nos gustaría para comenzar que nos contara un poco su vocación sacerdotal…

Yo sé que todas las vocaciones sacerdotales son distintas, son únicas e irrepetibles. Cuando llegué al seminario tuve la curiosidad de preguntarle a los demás cómo había sido su vocación y me di cuenta que no cabía verse reflejado con ninguna otra, que cada uno tenía una historia propia. Yo no me había planteado mi vocación hasta las vísperas de entrar en una carrera universitaria; estaba pre-matriculado en una carrera de empresariales, pero en unos ejercicios espirituales vi la llamada del Señor. Mi vocación fue una de esas vocaciones relámpago, que se disciernen en unos ejercicios. Fue un día muy concreto, 12 de noviembre de 1978, cuando por primera vez pasó la idea por mi mente y esa noche se la conté a mi madre. Fue una vocación rápida y fulgurante… quizás es el modo que tiene el Señor de manifestarse a los que somos un poco más brutos.

… y algo sobre los años de formación.

Para mí ir a Toledo fue uno de esos momentos claves de mi vida, una providencia de Dios que nos condujo ahí. Fue muy gracioso como aconteció eso… te cuento una anécdota: yo pensaba entrar en san Sebastián porque no éramos conscientes de nada, pero cuando nos dimos cuenta de cómo estaban las cosas escribimos una carta a Toledo porque ahí había un cardenal que había escrito una carta pastoral mostrando la situación en España. Él nos contestó diciendo que si queríamos hablar del seminario fuéramos a Hendaya que vendría presidiendo una peregrinación de enfermos a Lourdes (y tenían que hacer cambio de tren), y allí nos vimos con el cardenal. Todo fue un pequeño milagro y así fui a Toledo. Y estar en ese seminario fue un momento de gracia, conocí muchos seminaristas muy buenos, ¡y convivir con ellos me hizo un bien inmenso! Eran un estímulo para llegar a ser un sacerdote santo.

¿Cómo vivió su preparación para la ordenación sacerdotal, su ordenación y los primeros años de su sacerdocio?

Mi ordenación fue en San Sebastián; quizás estaba preocupado por lo que suponían todas las novedades de cambiarse de Toledo a San Sebastián… y quizás eso hizo que no me encontrara en la mejor de las disposiciones, pero el Señor siempre ayuda, sobre todo en momentos de imprevisibilidad. Cuando el obispo me dijo que mi destino era Zumárraga, ¡no conocía nada de ese pueblo! Y estuve ahí veinte años, lo cual fue un estímulo maravilloso. Recuerdo que cuando llegué ahí era súper tímido, y una señora una vez me dijo: "hemos hecho una apuesta a ver si usted dura hasta navidades sin quitarse el clergyman", a lo que yo le respondí "¿usted por qué ha apostado?", "¡a que sí dura!" … me sentía muy observado, un chavalito de 24 años. Pero en medio de esa timidez me fui abriendo camino, y ahí uno ve la providencia de Dios que nos cuida. Hubo en concreto un párroco que me ayudó y me preservó, y a él le debo mucho. Poco a poco fui creciendo y aprendiendo también a afrontar las cosas, tirarse a la piscina…

¿Qué ministerios sacerdotales ha desempeñado? ¿Podría darnos dar una pincelada sobre lo que ha aprendido en cada uno de ellos?

Antes de ser obispo me tocó hacer cosas muy diversas. Cuatro años como coadjutor y luego 14 en la parroquia nueva donde finalmente me tocó construir el nuevo templo, lo cual marca mucho la vida. Pero a mí, más que todo eso, me marcó en Zumárraga el hecho de hacer frente al problema de la droga, que ahí era grandísimo; y de ahí también el problema del sida, que en ese momento era imparable. Recuerdo que las madres venían a mi puerta a pedir ayuda… y abordar ese tema, cuando en mi vida había visto un porro, me configuró mucho. Me metí en líos para sacarlos adelante, que nunca hubiera imaginado; me tocó, por ejemplo, celebrar funerales de chicos y preparar con ellos la homilía… Ahí me di cuenta de que uno no puede tener ideas preconcebidas de cómo quiere el Señor que vivamos nuestro sacer-

docio, porque Él nos da sorpresas tremendas. Y en mi caso me ayudó mucho. Dios tenía un plan y lo fui descubriendo poco a poco.

Sobre su designación como obispo. ¿Cómo recibió esta nueva misión encomendada por el Papa?

Yo tenía 44 años, y jamás lo había imaginado. Fue una sorpresa, pero cuando llegó ese momento, como ya tenía "muchas tiradas a la piscina", en la misma perspectiva vi esta nueva misión que me encomendaba el Señor. Por eso yo hice un acto de confianza y de ahí mi lema "en vos confío". Recuerdo perfectamente la mañana en la que estaba reunido con otros sacerdotes en una reunión de arciprestazgo cuando me sonó el teléfono y vi un prefijo de Madrid. Salí a hablar y una religiosa me llamaba de nunciatura diciéndome que al día siguiente debía ir ahí. Cuando colgué me dije "¡¿esto?! ..., me están tomando el pelo". Llamé a información para preguntar el número de nunciatura y me dieron uno distinto al que había visto en el móvil. Llamé entonces al número que me habían dado y pregunté por "sor tal", la que me había llamado… ¡y "sor tal" se puso al teléfono! Ahí me di cuenta que era verdad. Pero me ayudó muchísimo a decir sí los pasos que había dado en mi vida, porque un paso posibilita el siguiente.

Como obispo, ¿qué destacaría de estos años de servicio a la Iglesia, primero en Palencia y luego en San Sebastián? ¿Cuáles han sido sus prioridades?

Por una parte, es muy distinto ser obispo de Palencia y San Sebastián y por otra, no es tan diferente… Hay una diferencia sociológica muy clara, pero al final uno descubre que los retos de la Iglesia son los mismos: no apoltronarnos, no mundanizarnos, no secularizarnos, mantener vivo el fuego apostólico… Pero también he procurado subrayar determinadas prioridades; por ejemplo, estar muy cerca de las vocaciones sacerdotales, acompañar discernimientos y fomentar una pastoral juvenil que permita escuchar las llamadas de Dios. He intentado también poner en el centro la eucaristía, y una de las cosas por las que más gracias le doy a Dios es de haber puesto en marcha la Adoración perpetua tanto en Palencia como en San Sebastián, dejando que la eucaristía sea el corazón de la vida de la diócesis. Y algo clave que he comprendido como obispo es afrontar los temas cuando salen. A veces le puede pasar al obispo que, con tantos líos, tenga la tentación de esquivaros, lo cual es hasta humanamente comprensible, porque tampoco se puede afrontar todos los problemas de golpe, debe haber una gradualidad… ¡pero el principal problema es esquivarlos! Yo he procurado que la llegada de los problemas sea una llamada a responder, aunque no estuviera dentro de las prioridades.

D. José Ignacio Munilla
con D. José María Alsina
durante la entrevista

¿Cómo se podría tratar el tema de las vocaciones en nuestro mundo? ¿Cómo afrontar su formación?

Respecto a lo primero hay que subrayar la providencia de Dios. Dios tiene una providencia sobre cada uno de nosotros. Dios no solo nos ha creado, sino que tiene un plan concreto que hay que irlo descubriendo. Nosotros no somos inventores, somos descubridores. Si este aspecto se señala, uno entiende que el discernimiento es algo normal, de otra manera suena a chino. Y en la formación hay ciertos pilares que tienen que estar siempre: primero una vida de fe, pero también una formación intelectual potente para hacer frente al relativismo, un acompañamiento en la maduración afectiva para superar todo riesgo de narcisismo, un apostolado que conjugue estas dimensiones y una vida comunitaria.

Esto es fundamental en la devoción al Corazón de Jesús: la última palabra la tiene el amor de Dios.

Desde su conocimiento de los sacerdotes, ¿qué retos subrayaría que se deben de cuidar especialmente en la vida del sacerdote?

Depende mucho de las generaciones. Me parece que las generaciones mayores debían hacer frente sobre todo al conflicto de la fe y su relación con el mundo moderno, pero quizás las generaciones más jóvenes no sufren tanto ese problema, sino más bien otros que se manifiestan en debilidades afectivas. Estas generaciones han crecido en una sociedad del bienestar y no han desarrollado una fortaleza como la que tuvieron las generaciones anteriores. Por eso creo que a este nivel son muy importantes los acompañamientos personales. Si antes era muy importante una formación teológica, ahora sobre todo es el acompañamiento, porque como decía el papa, "la fidelidad es la fragilidad bien custodiada".

Como obispo ha dado prioridad también a los medios de comunicación, ¿qué lugar le parece deben ocupar en el anuncio del evangelio?

Es otra cosa que el Señor ha puesto en el camino de mi vida: yo no tengo conciencia de haber establecido prioridades o hecho planes, sino que el Señor ha ido poniendo delante qué cosas debía hacer. Y así aconteció que por Radio María y por otros elementos fui descubriendo que esa primera encomienda que se le hace al obispo de ser predicador del Evangelio encuentra en los medios una potencialidad muy grande. Recuerdo que cuando llegó mi nombramiento de obispo le pregunté al nuncio por el programa de radio que hacía todas las mañanas, y él me dijo: "lo primero que se le encomienda al obispo es la predicación de la fe, usted siga haciéndolo en la radio". Una de las cosas bonitas que he descubierto con los medios de comunicación es que gracias a ellos una parte del pueblo de Dios conecta directamente, en medio de la gran confusión reinante, con sus pastores y es por eso inmune a las contaminaciones que podría haber por otros medios. Y eso es un regalo de Dios: poder contactar directamente con los fieles. Lo digo con una imagen muy clara: "hay dos tipos de fieles, los que oyen hablar de su obispo y los que oyen hablar a su obispo".

En su escudo episcopal está el Corazón de Jesús y su lema es "en vos confío", ¿cuál es la razón?

También hay una razón en la providencia de Dios en mi vida: desde pequeño he sido marcado por esa presencia. Siempre me ha acompañado la devoción al Corazón de Jesús: en la familia, en el colegio, en Sebastián con el Monte Urgull. Ese escudo, ese lema, caía por su propio peso, formaba parte de la lectura de mi vida.

¿Y qué lugar ocupa esta devoción en la vida de la Iglesia?

Hace poco concluyó el jubileo de la Misericordia y en él se subrayó algo muy importante dentro de esta devoción: "aunque vuestros pecados sean rojos como escarlata, como nieve blanquearán". Esto es fundamental en la devoción al Corazón de Jesús: la última palabra la tiene el amor de Dios. Y por eso yo creo que sin duda alguna de manera más o menos explícita se ha puesto en el centro de la Iglesia el Corazón de Cristo… en el fondo la puerta del jubileo es la puerta del Corazón de Jesús.

Hace unos años llamó a la Hermandad a la diócesis de San Sebastián, ¿cuál le parece que es el servicio que puede prestar ella a la diócesis y a la Iglesia?

También aquí ha habido una providencia. También vosotros lo habéis visto. Quizás no fue fácil, pero las dificultades formaban parte del instrumento que Dios quería utilizar para que se manifestara qué lugar debíais ocupar en concreto. Me parece que vuestra presencia en este momento es una referencia muy concreta en orden a subrayar un estilo de trabajo con los jóvenes, un estilo de acompañamiento espiritual, un estilo de pastoral juvenil que estábamos muy necesitados. Y también el hecho de vuestra vida comunitaria como testimonio de la

caridad evangélica, eso hace un bien muy superior al que podemos imaginar. Es que la gente antes de escuchar nuestras predicaciones ve el ambiente en el que nos movemos, y ese testimonio de vida comunitaria posibilita muchas cosas.

¿Qué consejo puede dar a la Hermandad teniendo en cuenta el proceso de crecimiento y consolidación que está viviendo?

No me considero la persona más adecuada, pero desde mi perspectiva como obispo, yo os diría que os entreguéis plenamente a la encomienda que se os ha dado en cada diócesis, haciendo un acto de fe, porque estoy convencido que la Hermandad se va a configurar desde los destinos que ha recibido: formarán parte de vuestro espíritu. La Hermandad no crece desde una teoría, sino desde la entrega en la encomienda pastoral. Al entregarse plenamente se va forjando el alma de la Hermandad, ahí vais creciendo.

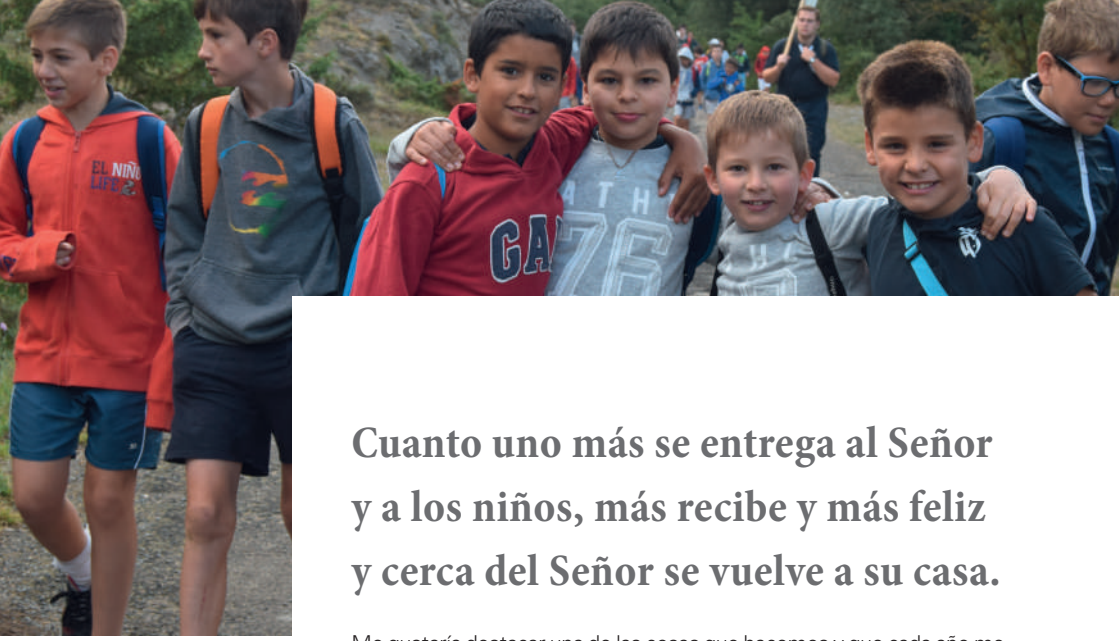
Que los niños crezcan en su fe

En total éramos unos cien niños, veinte monitores, una organizadora, dos sacerdotes, y tres familias, procedentes de distintos sitios de España (Barcelona, Madrid, Pamplona, San Sebastián, Toledo). Estuvimos juntos durante siete días con un único objetivo: acercar a cada uno de los cien niños a los Corazones de Jesús y de María.

El Campamento se compone de un sinfín de actividades pensadas para que los niños crezcan en su fe, se hagan más amigos entre ellos y disfruten de la naturaleza y el deporte. El tema central del Campamento en este año ha sido la Misericordia, y por eso las charlas y las actividades lúdicas giraban en torno a las Obras de Misericordia. Cada día, un monitor o un seminarista, explicaba una Obra de Misericordia, tratando de que los niños conocieran la forma de ser del Corazón de Jesús, y aprendiesen a ser misericordiosos como el Padre.

Las actividades del Campamento se llevan a cabo por patrullas. Cada una de ellas tiene por patrón un santo, y los niños deben componer un himno y un grito de guerra que los represente. Estas patrullas están compuestas por unos diez niños y dos monitores, y permiten que haya cierta competencia y dinámica en el Campamento, pues la patrulla que hace más méritos, recibe un premio de chuches y golosinas el último día. Además, el hecho de tener que estar en equipos ayuda a que los niños se conozcan más entre ellos y no solamente se junten con los amigos que ya conocían, y por otro lado, también ayuda a que los niños practiquen entre ellos las Obras de Misericordia en las que tanto hemos insistido este año, pues los más mayores del grupo deben ayudar a los pequeños en las actividades que estos no saben hacer, o tratarse bien entre ellos y animarse tanto cuando ganan como cuando pierden.

Hay que reconocer que los monitores acabamos totalmente agotados, pero también es cierto que en cada Campamento se cumple en nosotros la promesa del ciento por uno. Cuanto uno más se entrega al Señor y a los niños, más recibe y más feliz y cerca del Señor se vuelve a su casa. Además, en muchas ocasiones, somos nosotros los que aprendemos de los niños, pues viendo su sencillez y su humildad, nos recuerdan cuál es la forma en la que debemos acercarnos a Jesús. Para mí siempre es una lección cuando veo la inocencia con la que los niños se acercan a la capilla en los ratos libres del Campamento para escribir una carta a la Virgen o a Jesús.



Durante una excursión

Cuanto uno más se entrega al Señor y a los niños, más recibe y más feliz y cerca del Señor se vuelve a su casa.

Me gustaría destacar una de las cosas que hacemos y que cada año me llena de alegría y de esperanza. La penúltima noche de Campamentos hacemos adoración nocturna en la capilla. Esta noche la dedicamos a consolar y a acompañar al Corazón de Jesús en la noche de Getsemaní, por lo que se queda el Santísimo expuesto, y las patrullas del Campamento hacen turnos de vela para que el Señor esté acompañado toda la noche. Esta actividad es voluntaria para los niños que se ven con fuerzas y quieren despertarse en mitad de la noche para estar con el Señor, y año tras año, me llevo la alegría de que no hay un solo niño de mi patrulla que quiera quedarse en la cama. De hecho, ¡este año tenía a varios que querían pasar toda la noche en la capilla! Este momento del Campamento es muy especial, pues allí se ven pagados los esfuerzos de todos los monitores, cuando vemos que los niños nos acompañan a adorar a Jesús, escribiéndole cartas y pasando largos ratos de rodillas consolando el Corazón del Señor.

Finalmente, me gustaría acabar agradeciendo al Señor la oportunidad que me ha dado de ir una vez más a este Campamento, pues es una forma de devolverle una parte de los infinitos tesoros que me ha dado. Rezo para que cuide durante el año a los pequeños que han venido, y para que el año que viene sigan viniendo y traigan más amigos, para que podamos acercarlos también a su Sagrado Corazón.

Ignacio Garre Anguera de Sojo

El techo se derrumbó

Imagen de san Juan de Ávila después del derrumbre

Queridos lectores y amigos de la Hermandad, a las cuatro y poco de la madrugada del nueve al diez del pasado octubre, el techo de nuestra querida parroquia de san Juan de Ávila de Talavera se derrumbó.

Una llamada del párroco a las cuatro y cuarto de la noche me hizo pensar que algo había ocurrido; a duras penas acerté a descolgar el móvil y cuando lo conseguí, escuché la noticia de una vez, sin anestesia: "Álvaro se nos ha caído la parroquia". ¡Qué exagerado es este hombre!, pensé. Total, alguna cornisa o alguna parte del falso techo se habrá desprendido… pero no, tenía toda la razón. Cuando llegué allí, de noche, una montaña de ladrillos rodeaba el perímetro de la parroquia y en algunos puntos se podía ver el interior por grandes aberturas a través de las paredes.

Al amanecer la imagen era aún más desoladora. Junto con los técnicos del ayuntamiento y los bomberos pudimos acceder al interior y comprobamos cómo la estructura del tejado cubría toda la superficie del suelo de la Iglesia. Las conjeturas, al ver el interior, se convirtieron en certezas: nadie se hubiera salvado. ¡Qué bueno es Dios! Esta es la otra gran certeza que queda confirmada. Dios mío, cuántas gracias hemos de darte. Tan

Inmediatamente un aplauso de júbilo surgió espontáneo de todos los que esperábamos allí. ¡Ahora sí estábamos todos a salvo!

sólo quedo allí atrapada una persona: Él. Había que rescatar al Señor como fuese. Los bomberos y la policía nos prohibieron entrar, no sólo por el peligro de pequeños derrumbes, sino porque era imposible acceder donde estaban los dos Sagrarios, pues era la parte que más afectada había quedado; justo encima se situaba la viga de hierro que cedió y, por tanto, estaba cubierta de metal y escombros. Pero había que insistir. Al fin uno de los bomberos decidió acceder a esa zona, y después de recoger las llaves de los sagrarios, apareció en el exterior con el Santísimo Sacramento en los Vasos Sagrados. Inmediatamente un aplauso de júbilo surgió espontáneo de todos los que esperábamos allí. ¡Ahora sí estábamos todos a salvo!

¿Que cómo es la vida de la parroquia sin parroquia? Pues muy sencillo; cada cosa en un sitio. Por un lado, la santa Misa es celebrada en una sala en un centro social junto a la Parroquia, las catequesis en las aulas del colegio, también colindante al edificio de la parroquia, las reuniones de movimientos y grupos en otros edificios… Es verdad que la parroquia, más que los ladrillos y el edificio en sí, es constituida por los cristianos, piedras vivas de la Iglesia, pero cuando uno es sacerdote y se queda sin el edificio se da cuenta de su importancia. Y de lo que ayuda para la piedad y la fe, un templo digno. "…Y las otras cosas sobre la faz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado" nos decía san Ignacio al comienzo de sus ejercicios. Éste es un buen ejemplo.

Sea como sea, todo lo permite el Señor para nuestro bien, hemos de rezar y pedir para que sepamos ver su mano amorosa y providente y aprovechemos para nuestra santidad y para mayor Gloria suya.

Álvaro Gonzáles Moreno, hnssc

Peregrinos en Issoudun

Schola Chile y Schola
España en Wadowice

Chilenos peregrinos por europa

Antes de esta peregrinación a la Jornada Mundial de la Juventud en Cracovia, varios nos referíamos a ella simplemente como el viaje o la JMJ, sin entender todavía por qué los sacerdotes y los organizadores siempre la aludían directamente como "la peregrinación". Y probablemente nos mantuvimos en esa ignorancia hasta que nos vimos oficialmente en el rol de peregrinos, recorriendo los lugares santos de Francia rumbo a Cracovia… Solo entonces comprendimos que peregrinar no se trataba tanto de desplazarse de un lugar a otro muy lejano, sino más bien de un movimiento del alma, inquieta, para encontrarse con el Señor. Así, nuestra peregrinación no fue otra cosa que una de las locuras de Amor del Señor, y como tal, fue un regalo muy grande. Les voy a contar algunas de las cosas que dan testimonio de esto.

La peregrinación empezó mucho antes de subirse el avión; no obstante, en la práctica, nos investimos peregrinos en Francia. Después de estar los primeros días en el ajetreado París, nos retiramos hacia el sur a la paz de un pueblo llamado Paray le Monial. Personalmente, fue en este lugar en donde pude empezar a entrar en el espíritu de la peregrinación, movido por el consuelo de que, así como Jesús quiso revelar su Corazón Sacratísimo a la monja pequeñísima de un pueblo todavía más pequeño, así también tiene la misericordia de revelárnoslo a nosotros, cada uno más pequeño y pecador que el otro, para que nos sepamos por Él amados y le amemos de vuelta… ¡Fue un consuelo muy grande! Después nos fuimos a Ars, en donde tuvimos al Santo Cura como maestro de oración: nos enseñó que esta no es otra cosa que la unión con Dios, y que este buen Dios tanto nos ama, que es el incienso que más le agrada. Otro punto central en la peregrinación fue Lisieux, en donde pudimos visitar la casa y tumba de Santa Teresita y de sus santos padres. De esto hay muchísimo que contar, pero en honor al espacio quisiera destacar solo una cosa: pudimos ser testigos de cómo la familia es uno de los grandes tesoros de Dios, en donde permite que se den naturalmente la caridad y la santidad.

Nuestra peregrinación no fue otra cosa que una de las locuras de Amor del Señor, y como tal, fue un regalo muy grande

La segunda mitad de la peregrinación empezó con una prueba muy grande: la aerolínea estaba en huelga y nuestro vuelo hacia Cracovia se había cancelado, sin reasignación posible hasta ya terminada la JMJ. Esta parte de la historia es genial y muy larga de contar, pero, en síntesis, en ese momento se nos regalaron tres gracias: perseverar en la oración, mantenerse alegres y un par de buses que nos llevaron (en un viaje de 25 horas) a Cracovia. Finalmente, pudimos llegar en la madrugada a la vigilia del Campo de la Misericordia y, tras saludar a Schola España y Peregrinos, nos fuimos a rezar a una capilla de Adoración Eucarística que providencialmente encontramos. Entonces comprendí lo que quiso enseñarnos el Señor con todo esto, que no es otra cosa que lo que le reveló a santa Faustina: que confiemos en Él. Días después visitamos Chestokova, santuario mariano que no pudo ser mejor cierre para la peregrinación, y en donde la Virgen nos llenó de gracias y consuelos.

En síntesis, la peregrinación significó una sola gran cosa: acercarse, por medio de María, un poco más al Corazón de Jesús. Y no solo se acercó cada uno, sino que nos acercamos en comunidad, como Schola Chile y como Colegio San Francisco de Asís. Esto es probablemente el fruto más grande de la peregrinación, porque es en comunidad que estamos llamados a vivir la fe, en donde el Señor nos llama a ser santos: porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mt 18, 20).

Joaquín Sharp Segovia

¡El Señor ha estado grande conmigo!

No hace ni cinco meses fui ordenado sacerdote y cada día me admiro de las maravillas que el Señor es capaz de hacer con un instrumento tan frágil. Sólo pensar en el tesoro admirable de celebrar el Sacrificio de Cristo en la Misa y su perdón misericordioso en la confesión es para no dejar de dar gracias. Pero no me admira menos la fe de tanta gente que se me acerca por ser sacerdote por el hecho de serlo, más allá de mis miserias. Por ello doy muchas gracias a Dios.

El Señor ha querido concederme en el inicio de mi ministerio una serie de regalos inmensos e inmerecidos que nunca le podré agradecer suficiente. En primer lugar, la Comunidad de San Miguel de Aoiz, y los hermanos que los que vivo: D. Santiago, D. Ignacio y D. Antonio. Su testimonio, su experiencia sacerdotal, su celo, su consejo y su paciencia conmigo me ayudan mucho a empezar a caminar como sacerdote. También la cercanía con la Comunidad de San Ignacio de San Sebastián es de gran ayuda para crecer en Hermandad.

D. Santiago además es párroco de las dos parroquias donde el Señor ha querido enviarme a evangelizar: San Fermín y Santos Mártires de Uganda, ambas de Pamplona. Este es el segundo gran regalo. Las dos parroquias donde intento anunciar a Cristo como coadjutor son un tesoro muy grande. En ellas he encontrado una gran acogida, gran fe y mucha entrega y amor a Dios y al prójimo. Quedo realmente agradecido a Dios por su testimonio de fe y alegría cristiana, así como de su deseo evangelizador y su atención a los necesitados, como es el caso de Cáritas. No puedo olvidarme de las dos primeras semanas de aterrizaje tanto en la Comunidad como en las parroquias. Muy dispuesto y atento estuvo D. Fernando Maristany, que tras seis años en el mismo destino que ahora ocupo, ha marchado a la reciente Comunidad de San José en Barcelona.Otro gran tesoro es la

posibilidad de atender espiritualmente a los niños de primaria del colegio Santa Catalina de Pamplona. Es bonito ver la piedad de los niños y su amor a Jesús y María. El Señor ha querido también que viva mi ministerio sacerdotal al servicio de Schola Cordis Iesu de Pamplona, la gran familia a la que debo haber conocido el Corazón misericordioso de Cristo Rey y su deseo de que vivamos confiados en Él como niños. No faltan tampoco otros grupos y movimientos a los que el Señor ha querido que sirva como sacerdote: el Camino Neocatecumenal, Vida Ascendente, Adoración Nocturna y Tarsicios.

No puedo más que agradecer a Dios por tantos dones que me concede, pero sobre todo por ser sacerdote, por poder ser instrumento de tantas gracias que Él quiere derramar. Su Corazón está sediento de nuestro pobre amor, y se sirve de mi pobre persona para mover a los corazones a beber al Agua viva que brota de su Corazón y moverles a saciarle con la entrega de sus vidas. En esto no estoy solo, la Virgen y San José me sostienen para que confíe y me abandone siempre en Él y para que siga trabajando por la extensión de su Reino de Amor. Así espero que seguirán cuidándome cada día. Pedídselo para mí y para todos los sacerdotes. Pedidles a San Miguel, San Fermín y los Santos Mártires de Uganda por todos los que el Señor me ha encomendado.

Juan Ganuza Canals, hnssc

No me admira menos la fe de tanta gente que se me acerca por ser sacerdote simplemente por el hecho de serlo, más allá de mis miserias.

Comunidad de Aoiz

Volvíamos a casa, encontramos la misión

El pasado 2 de octubre, en la festividad de los Ángeles Custodios y un día después de celebrar a nuestra patrona santa Teresita del Niño Jesús, empezó una nueva comunidad de sacerdotes de la Hermandad en la diócesis de Barcelona. La acogida del pastor y obispo de nuestra querida diócesis, D. Juan José Omella, dispuso que D. Fernando Maristany y un servidor fuéramos destinados a tres parroquias, Sant Enric d'Ossó, Santa Gemma Galgani y Sant Antoni de Pàdua de la muy poblada ciudad de Hospitalet de Llobregat, en la metrópoli de Barcelona.

Después de estos casi dos meses de andadura, aunque con muchas cosas aún por conocer, podemos cantar con el salmista: «me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad» (Sal 15, 6). En efecto, se trata de un barrio de mucha densidad de población, con cerca de cincuenta mil personas y muchas familias de una gran sencillez. La elevada presencia de inmigración hispano-americana, los ya arraigados españoles de origen andaluz o extremeño o la presencia también de africanos y musulmanes en estos barrios suponen un rico y colorido abanico de retos y alicientes para el apostolado y la evangelización.

Nosotros sentíamos, quizá por los lazos familiares y espirituales que la Hermandad tiene con Barcelona, lo que san Ignacio de Loyola escribe en 1536 a Jaime Cassador: «me parece, y no dudo, que más cargo y deuda tengo a esa población de Barcelona que a ningún otro pueblo de esta vida». Pensábamos, tal vez, que de alguna manera volvíamos a casa, pero encontramos la misión. Hemos hallado unas parroquias de una gran actividad y diversidad de realidades, en las que los feligreses nos han acogido con mucho cariño y con grandes deseos de colaborar en saciar la sed de Amor de Dios que se vive en estas periferias existenciales.

Juntamente con esta misión que nos ha confiado nuestro padre y pastor sentimos también la responsabilidad, en esta «misteriosa ciudad», a decir del padre Orlandis, es decir, en esta Barcelona que tan íntimamente comprendía y amaba el fundador de Schola Cordis Iesu, de colaborar con la obra que él inició al servicio del Reinado del Sagrado Corazón. Por todo ello estamos muy agradecidos a Dios y confiamos, con la ayuda de vuestra oración, trabajar y servir por la extensión del Reino de Dios, especialmente en la diócesis de Barcelona.

Xavier Prevosti Vives, hnss

Acompañados por
sus padres

Xavier Prevosti y D.
Ignacio Maristany con
el vicario episcopal
el día de su toma de
posesión

La Iglesia de sant Enrique
el día de la posesión

Instantes (y reflexiones) de la JMJ

Decenas, cientos, miles de imágenes son las que le vienen a uno a la cabeza cuando se para a pensar qué fueron los días de la JMJ en Cracovia. Al principio son algo borrosas, –en plena rutina del curso cuesta reconstruir la intensidad de lo vivido meses atrás–, pero hay que pararse y traer a la memoria tantas experiencias… No es fácil resumir todos esos momentos. La aventura comenzó el 26 de julio en el colegio Pureza de María de San Cugat, allí nos encontramos los casi 400 jóvenes provenientes de muchos lugares de España.

La peregrinación de Schola Cordis Iesu y Peregrinos de María empezó ese mismo día con una preciosa celebración de la Eucaristía. Exteriormente, fue la entrega de unas cruces pequeñitas que íbamos a llevar todos los días colgando del cuello, junto a la acreditación e identificación que tampoco faltaron, el signo que nos unió a todos y nos puso la mirada en lo importante, en El importante. Interiormente, fue la Comunión el primer contacto, de esos días, con Jesús, quién nos invitaba a vivir de Él, a conocer su Amor, de la mano de María. Fue un momento de gracia, y se sucederían muchos más.

Otro instante que tengo grabado en la mente es la llegada al Campo de la Misericordia. Fue apoteósica. Debido al cinturón de seguridad que se estableció alrededor del descampado, anduvimos kilómetros y kilómetros… ¡y más kilómetros! Podía ser la ocasión perfecta para ofrecer al Señor las contrariedades y circunstancias en las que nos encontrábamos, pero el cansancio, el hambre, el calor… parecían jugar en nuestra contra. No puedo explicar el alcance del testimonio que daban a nosotros, los jóvenes, en esas mismas circunstancias o peores, ver a personas mayores, unas con enfermedades, otras acompañando a los que iban en silla de ruedas, religiosas con sus pesados hábitos… andando junto a nosotros. Nos movían el corazón, sin ellos saberlo. Pero se volvía a enfriar.

Solo con cruzar la mirada, nos dimos cuenta de cómo esa enorme cantidad de gente nos provocaba un mismo y fuerte sentimiento de unidad, de Cristiandad, que volvió a transformar nuestros corazones.

El momento que quería referir, también, es el de la ansiada llegada a la puerta B, fue un momento de gran gozo interior, no por haber alcanzado, por fin, el Campo de la Misericordia, sino por la impresión que causaba contemplar la explanada a rebosar de miles y miles de jóvenes de todo el mundo. Todos estaban allí por un mismo motivo, por medio de la convocatoria del Papa, bajo una misma llamada, y bajo un mismo lema, "bienaventurados los Misericordiosos". Solo con cruzar la mirada, nos dimos cuenta de cómo esa enorme cantidad de gente nos provocaba un mismo y fuerte sentimiento de unidad, de universalidad, de Cristiandad, de Iglesia, que volvió a transformar nuestros corazones. Dio sentido al largo camino recorrido, porque en el fondo nos recordó ese momento inicial en la Misa del primer día, "soy Yo quién os he llamado"; el sentimiento de Iglesia era, de nuevo, un encuentro con Cristo que decía "venid a Mí".

Las palabras de nuestro querido Papa Francisco en la homilía de la Misa de clausura respondían directamente a esta llamada del corazón, y como tantas veces repitió su predecesor san Juan Pablo II, nos decía: "Queridos jóvenes […] no tengáis miedo de decirLe sí con toda la fuerza del corazón, de responder con generosidad, de seguirLo. No os dejéis anestesiar el alma, sino aspirad a la meta del amor hermoso, que exige también renuncia, y un no fuerte al doping del éxito a cualquier precio y a la droga de pensar solo en sí mismo y en la propia comodidad".

Estas experiencias son una pequeña, pero importante parte de todo lo que ocurrió en la peregrinación, ¡fue tanto lo vivido! Podría describir tantos y tantos momentos y recuerdos, que convirtieron esos días en una experiencia real y vivida de la huella de Cristo junto a nuestro caminar, en definitiva, de su Amor, que no terminaría. Desde una conversación profunda y sincera con nuevos amigos que conoces por primera vez pero que, una vez más, nos demuestran –porque se sorprende uno mismo–, la fuerza y la unión que nace de una búsqueda sincera de la verdad, fruto de la fe; hasta la alegría de la entrega y el servicio a los demás en las cosas más pequeñas pero esenciales como era repartir en cadena los picnics para la comida, siempre con una sonrisa y entre bromas; a lo que cabe mencionar los buenos momentos que pasamos con los divertidísimos (o a veces no tanto), chistes del seminarista Felipe.

Pero el camino a recorrer empezaba realmente con la bendición final. Empezaba el momento de cosechar y trabajar los frutos de las abundantes gracias que se derramaron aquellos días. La acción del Espíritu Santo sobre nosotros nos invitaba a vivir nuestra vida, en palabras del Papa Benedicto XVI, "con la mirada puesta en el Cielo, fieles a nuestro compromiso en este mundo". Y para lograrlo, el Papa Francisco nos exhortaba a recordar en lo cotidiano, en la lucha de cada día, que "Dios es fiel en su amor, y hasta obstinado", y que, para ser conscientes de ello, "nos ayudará pensar que nos ama más de lo que nosotros nos amamos, que cree en nosotros más que nosotros mismos, que está siempre de nuestra parte como el más acérrimo de los hinchas".

Clara Serra

Ante Nuestra Señora de Chestokova

Grupo de pepregrinos con sacerdotes ante una estatua de san Juan Pablo II

Camino al Campo de la Misericoria

Un sello en el corazón

"Rezaba para tener un hermanito con quien jugar, y que sean dos". Gracias a esta sencilla oración vinimos al mundo mi hermano Antonio y yo el 20 de enero de 1995. Lo que no sabía mi hermano mayor es que llegaba un terremoto a esta gran familia de 8 hermanos. Gran familia, grandes recuerdos, pero sobre todo muy grande el amor de nuestros padres que siempre me mostraban su amor con cariño y cuidado. De ellos recibí el gusto por la belleza, tanto en la música como en la naturaleza, pero, sobre todo después de la conversión de mi padre, recibí el deseo de conocer y amar a Dios.

Este deseo fue creciendo en el colegio, especialmente con la llegada de los sacerdotes de la Hermandad, que me mostraron el amor del Corazón de Jesús, presente en la Eucaristía. Gracias a ellos, fui aprendiendo a reconocer el amor de Cristo en todas las cosas, sobre todo en su cuidado providente. Pero a Dios no le bastaba que lo conociera "de lejos", sino que quería introducirme en la intimidad con Él, quería que reconociera cómo me amaba personalmente. Por eso me invitó a participar en unos ejercicios espirituales. En una de las meditaciones realizadas durante los ejercicios, le preguntaba al Señor si quería que fuera sacerdote. Cuál fue mi sorpresa cuando, al abrir la Biblia, la primera palabra que veo dice "sígueme". Como estaba en estado de shock cerré rápidamente la Biblia, esperando que el Señor me diera una respuesta distinta. Repetí el procedimiento paso por paso, pero el resultado fue exactamente igual: abrí la misma página, y nuevamente, la misma palabra, "sígueme".

Con este suceso, comencé a comprender que no solo era yo el que tenía deseo de conocer a Dios, sino que sobre todo era Dios quien deseaba ardientemente ser mi amigo. Para eso me había regalado mi familia, mi colegio, mis amistades… para que yo pueda conocerlo y amarle como Él me ama.

Esta llamada se quedó como "un sello en el corazón", que me hacía buscar su compañía, buscar su presencia. Así, comencé

Para eso me había regalado mi familia, mi colegio, mis amistades… para que yo pueda conocerlo y amarle como Él me ama.

a rezar con más frecuencia, ir a misa entre semana, pero sobre todo a estar con aquél que me había mostrado su amor. Tras unos meses de universidad, el Señor comenzó a llamar con más fuerza, pidiéndome que entrara en el seminario. Durante los casi tres años que llevo viviendo en la Hermandad, ya sea en Chile o en España, he gustado siempre del cuidado maternal de María, y he aprendido a confiar en la misericordia de Dios, dejándome amar por Él "como un niño en brazos de su madre", sabiendo que es Él quien me ha amado primero.

Esteban López Larraechea

Familia de Esteban

Con algunos seminaristas
en la JMJ

Subiendo un monte con
un grupo de Schola

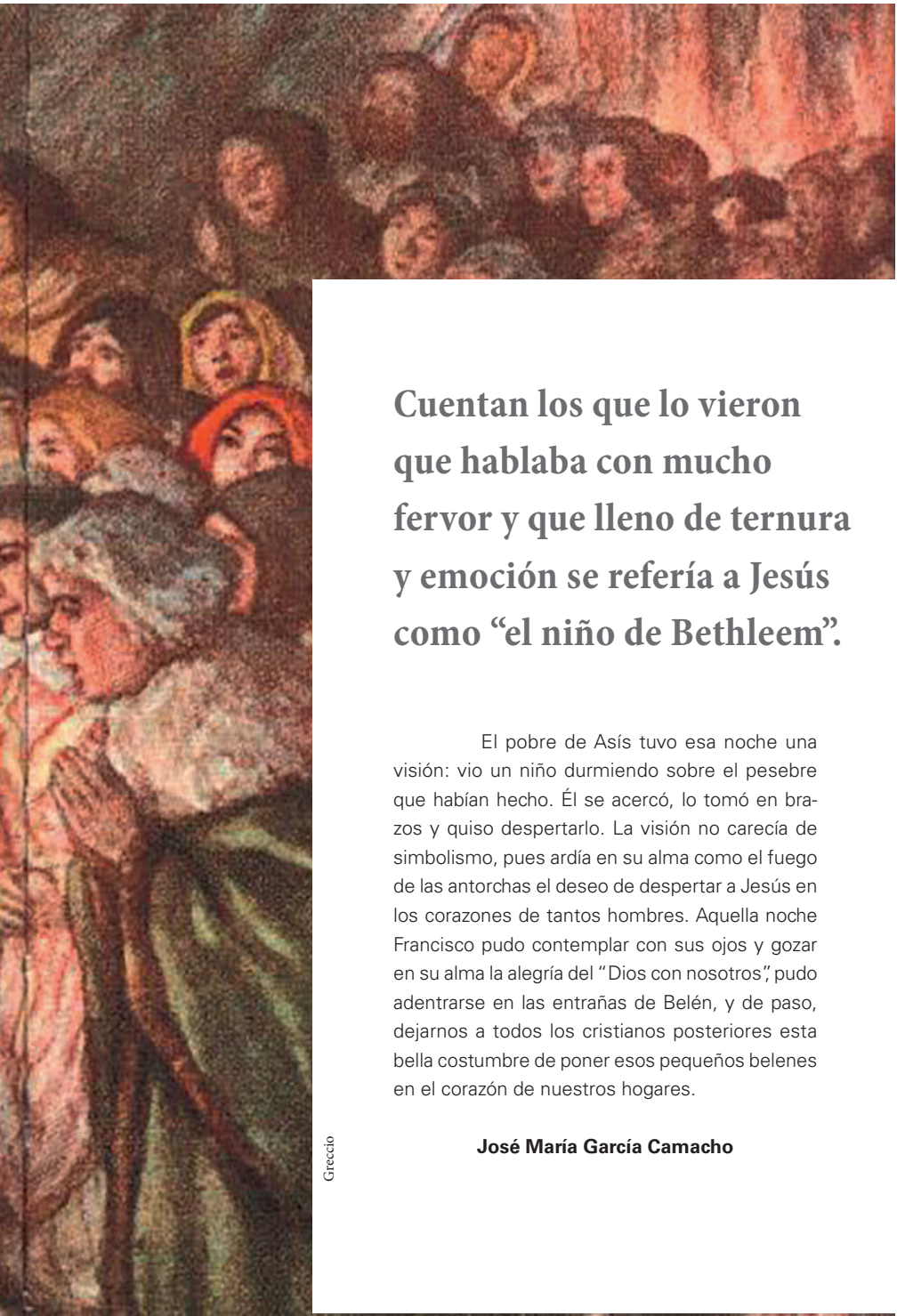
Noche de paz en Greccio

La oscuridad de la noche ya había cubierto el valle de Rieti y las estrellas invernales vertían una luz tenue sobre la villa de Greccio. Un rosario de antorchas atravesaba el bosque hasta una de sus cuevas; las llevaban los aldeanos y algunos frailes de un eremitorio cercano que acudían a la llamada de Dios y de su siervo Francisco.

Cuando llegaron pudieron ver todo el suelo de la cueva cubierto de heno, dentro un buey y un asno, en el centro de esta imagen un comedero para animales de madera recubierto de heno y junto a él un altar preparado sobre la roca desnuda. Frente a aquel establo -frente a aquel templo- estaba el hermano Francisco en gozosa contemplación, rodeado ya de una multitud de antorchas ardiendo. El momento fue sobrecogedor, allí se estaba adorando a la más rica divinidad en su más tierna y hermosa pobreza. Era la noche de Navidad de 1223; Francisco de Asís quiso ver con sus ojos lo que había amado espiritualmente, la pobreza que Dios quiso pasar por amor del hombre. "Quiero contemplar de alguna manera con mis ojos lo que sufrió en su invalidez de niño, cómo fue reclinado en el pesebre y cómo fue colocado sobre heno entre el buey y el asno".

Invitó además a frailes y vecinos de la zona para que contemplaran con él y participaran del misterio de la fe, pues quiso que se celebrara la misa en aquel nuevo portal de Belén, sobre el altar junto al pesebre, y que allí volviera Dios a venir realmente y a habitar entre los hombres, y de un modo, si cabe, más humilde aún que la primera vez.

Él mismo predicó la misa. Cuentan los que lo vieron que hablaba con mucho fervor y que lleno de ternura y emoción se refería a Jesús como "el niño de Bethleem". En su interior resonarían aquellas líneas del salmo navideño compuesto por él mismo: "un santísimo niño amado se nos ha dado, y nació por nosotros de camino y fue puesto en un pesebre, porque no tenía lugar en la posada [...]; alégrense los cielos y exulte la tierra, conmuévase el mar y cuanto lo llena; se alegrarán los campos y todo cuanto hay en ellos".



Greccio

Cuentan los que lo vieron que hablaba con mucho fervor y que lleno de ternura y emoción se refería a Jesús como "el niño de Bethleem".

El pobre de Asís tuvo esa noche una visión: vio un niño durmiendo sobre el pesebre que habían hecho. Él se acercó, lo tomó en brazos y quiso despertarlo. La visión no carecía de simbolismo, pues ardía en su alma como el fuego de las antorchas el deseo de despertar a Jesús en los corazones de tantos hombres. Aquella noche Francisco pudo contemplar con sus ojos y gozar en su alma la alegría del "Dios con nosotros", pudo adentrarse en las entrañas de Belén, y de paso, dejarnos a todos los cristianos posteriores esta bella costumbre de poner esos pequeños belenes en el corazón de nuestros hogares.

José María García Camacho

Palabras del papa

El perdón es el signo más visible del amor del Padre, que Jesús ha querido revelar a lo largo de toda su vida. No existe página del Evangelio que pueda ser sustraída a este imperativo del amor que llega hasta el perdón. Incluso en el último momento de su vida terrena, mientras estaba siendo crucificado, Jesús tiene palabras de perdón: Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen (Lc 23,34).

Nada de cuanto un pecador arrepentido coloca delante de la misericordia de Dios queda sin el abrazo de su perdón. Por este motivo, ninguno de nosotros puede poner condiciones a la misericordia; ella será siempre un acto de gratuidad del Padre celeste, un amor incondicionado e inmerecido. No podemos correr el riesgo de oponernos a la plena libertad del amor con el cual Dios entra en la vida de cada persona.

La misericordia es esta acción concreta del amor que, perdonando, transforma y cambia la vida. Así se manifiesta su misterio divino. Dios es misericordioso (cf. Ex 34,6), su misericordia dura por siempre (cf. Sal 136), de generación en generación abraza a cada persona que se confía a él y la transforma, dándole su misma vida.

[Por eso] la celebración de la misericordia tiene lugar de modo especial en el Sacramento de la Reconciliación. Es el momento en el que sentimos el abrazo del Padre que sale a nuestro encuentro para restituirnos de nuevo la gracia de ser sus hijos. Somos pecadores y cargamos con el peso de la contradicción entre lo que queremos hacer y lo que, en cambio, hacemos (cf. Rm 7,14-21); la gracia, sin embargo, nos precede siempre y adopta el rostro de la misericordia que se realiza eficazmente con la reconciliación y el perdón. Dios hace que comprendamos su inmenso amor justamente ante nuestra condición de pecadores. La gracia es más fuerte y supera cualquier posible resistencia, porque el amor todo lo puede (cf. 1 Co 13,7).

Papa Francisco

Nada de cuanto un pecador arrepentido coloca delante de la misericordia de Dios queda sin el abrazo de su perdón.

Oración del Acuérdate

Acuérdate, Nuestra Señora del Sagrado Corazón, de las maravillas que hizo en Ti el Señor. Él te escogió por Madre y te quiso junto a su Cruz. Ahora, te hace partícipe de su Gloria y escucha tu plegaria. Ofrécele nuestra alabanza y nuestra acción de gracias. Preséntale nuestras peticiones... (se pide la gracia que se desea alcanzar). Haznos vivir como Tú, en el Amor de tu Hijo, para que venga a nosotros su Reino. Conduce a todos los hombres, a la Fuente de Agua Viva que brota de su Corazón, extendiendo sobre el mundo la esperanza y la paz, la misericordia y la salvación. Mira nuestra confianza, responde a nuestra súplica y muéstrate siempre nuestra Madre. *Amén.*

Nuestra Señora del Sagrado Corazón